

Mujeres jóvenes y ruralidad: dos generaciones y dos estrategias de inserción sociolaboral¹

Cecilia Díaz-Méndez
Universidad de Oviedo

Resumen

Uno de los rasgos más preocupantes del medio rural español es la falta de mujeres. Las jóvenes se han ido marchando a lo largo de las últimas tres décadas de manera persistente y continuada, dejando los pueblos masculinizados y envejecidos. Sin embargo, todo apunta a una revitalización demográfica, lenta pero perceptible, apoyada en una nueva generación de jóvenes. Las mujeres que en los años ochenta huyeron del mundo rural en busca de condiciones de trabajo, de relación y de vida mejores, se encuentran hoy con una nueva generación de mujeres que ve en el mundo rural una oportunidad. Aquellas eran más numerosas y contaron para marchar con un importante bagaje educativo. Estas son menos y no tan formadas, pero pueden llegar a constituir el soporte del presente y el futuro del mundo rural. En este trabajo vamos a explicar cómo eran las mujeres jóvenes rurales de los años ochenta y cuáles fueron sus estrategias para insertarse social y laboralmente en el mundo adulto. Mostraremos también cuáles son las estrategias que siguen hoy las mujeres jóvenes de los pueblos para buscar lo mismo, su *lugar en el mundo*.

Palabras clave: Mujer, juventud, rural, inserción sociolaboral.

Abstract

One of the most worrying features of the Spanish rural environment is the lack of women. Over the last three decades, young women have continuously left the countryside, while the villages entered a process of ageing and masculinisation. Nevertheless, everything points to a slow but perceptible, demographic revitalization, sustained by a new generation of young people. Those women who left the rural environment in the nineteen eighties in search of better working or living conditions or a partner, are being replaced by a new generation of women who consider the rural world as an opportunity. The former were more numerous and generally had higher levels of education; the latter group is smaller and the women have received less training, but they may be the ones who sustain the edifice of the present and future rural environment. In this article, we will explain what the young, rural women of the nineteen eighties were like, and which strategies they followed to enter the labour force and become integrated into the social world. We will also show what strategies today's young women in Spain's rural villages are adopting to find their *place in the world*.

Keywords: Woman, youth, rural, social integration.

Introducción

La situación educativa del medio rural ha sido descrita por el significativo aumento

del nivel educativo de su población, y aunque persisten grupos de edad con niveles educativos bajos, destaca el aumento de la formación entre las generaciones más jóvenes. En pocas décadas se ha pasado de una situación de *atraso* a una situación en la que los niveles educativos de la juventud rural prácticamente se han igualado a la de la ju-

Fecha de recepción: 18-6-08 • Fecha de aceptación: 29-9-08
Correspondencia: Cecilia Díaz-Méndez
Departamento de Sociología
Universidad de Oviedo
E-mail: cecilia@uniovi.es

ventud urbana (Prados, 2000). Según los datos de la última encuesta realizada sobre la juventud rural (González y Gómez, 2002) al relacionar la situación educativa y el hábitat se confirma el mayor crecimiento de la escolarización femenina en el medio rural. En la década de los ochenta, la proporción de hombres y mujeres jóvenes estudiantes era similar. En la actualidad, se dedican a estudiar un 39,9% de hombres frente a un 44,6% de mujeres. Los autores reseñan que las tasas de escolarización de las mujeres rurales (35,7%) se han acercado mucho a las de sus coetáneas urbanas (la media de escolarización femenina nacional es de 44,6%), aunque también certificar que los varones rurales se alejan de los urbanos de su edad (la tasa para los rurales es del 23% y la nacional del 40%) (González y Gómez, 2002, p. 35). En definitiva, el nivel educativo del medio rural ha aumentado, lo ha hecho en particular el de la juventud rural y destaca de manera significativa el crecimiento de la educación formal entre las mujeres jóvenes rurales.

Los datos sobre el aumento del nivel educativo de la población de un territorio suelen ser una “buena noticia”, pues se asocia a ello desarrollo económico, iniciativa empresarial, dinamismo cultural y social. Sin embargo, habría que completar esta información con un dato que pone en cuestión los efectos que el aumento del nivel educativo tiene y ha tenido sobre el mundo rural español. Los jóvenes afincados en áreas rurales, y en particular las mujeres, han visto aumentar su formación, pero esto no ha repercutido significativamente en la mejora de las condiciones de vida de la población rural.

Las familias rurales de los años ochenta y noventa, en particular las madres de estos grupos familiares, han apoyado unas estrategias de alejamiento de sus hijas del entorno rural y han utilizado para ello la prolongación de los estudios (Díaz, 1997b). Además, las ofertas educativas, limitadas y masculinizadas, y la continuidad de los estudios en vías formativas con escasa inserción laboral en el medio rural, han contribuido a alejar a muchas jóvenes de los pueblos y a consoli-

dar sus trayectorias vitales en torno a las ciudades (Langreo, 2000). Las mejor formadas se han alejado del entorno y entre los grupos más desfavorecidos educativamente que siguen vinculados al medio rural se encuentra el colectivo de mujeres. Naturalmente estas mujeres han seguido una trayectoria de inserción sociolaboral urbana, independientemente de lo que ha sucedido a sus familias y territorios de origen. Estas circunstancias sociales, características de los momentos de mayor éxodo rural femenino, han propiciado que las jóvenes que se quedaron en el pueblo en esos momentos hayan sido aquellas que siguieron la vía contraria a las que se fueron: las que abandonaron los estudios. En definitiva, la mejora educativa les ha afectado positivamente a ellas, pero no así a su medio rural de procedencia. Las que han permanecido en los pueblos han sido durante las dos últimas décadas las menos formadas, y sin embargo han constituido el soporte demográfico del medio rural. La situación hoy no es la misma. Las jóvenes rurales actuales no tienen un perfil similar al de la generación de sus madres, han mejorado educativamente y han cambiado su visión acerca de la educación y el empleo: son otra generación de jóvenes, con otras expectativas y otros intereses.

Para poder comprender este proceso es preciso estudiar los pasos seguidos por dos generaciones de mujeres, las de los años ochenta y las jóvenes actuales. Podemos considerar, para el análisis, algunas de las principales investigaciones sociológicas nacionales que han servido de referencia a los posteriores estudios sobre la mujer rural, así como las publicaciones de los pioneros y pioneras en el estudio de la mujer rural que han continuado trabajando sobre la transformación del mundo rural durante los años posteriores. Es referencia obligada para comprender el cambio generacional entre la población más joven los trabajos sobre la situación de las mujeres rurales en España realizado en los años noventa por Camarero, Sampedro Gallego y Vicente-Mazariegos a partir de los datos del Censo de 1981 (Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos,

1991). En 1990 un equipo coordinado por Vivente-Mazariegos y en el que también participan estos autores, realiza una amplia encuesta que muestra sus datos en cinco volúmenes editados en 1993 (Vicente-Mazariegos, 1993). El último trabajo de García (2004), con datos censales de 2000, ofrece un amplio panorama cuantitativo del cambio. El contraste generacional entre las mujeres de los ochenta y las jóvenes actuales queda también plasmado en las dos encuestas realizadas en España sobre la juventud rural. En la última de ellas (González y Gómez, 2002) se realiza precisamente una comparación entre aquella primera encuesta del año 1984 (González, de Lucas y Ortí, 1985) y la realizada en el año 2000 a los y las jóvenes rurales españoles. Entre estas dos décadas han sido muchos los autores que han seguido trabajando en el análisis de las condiciones de vida de las mujeres rurales y/o agrarias en distintos lugares del país. Las referencias a algunos de ellos quedarán plasmadas a lo largo de este trabajo².

No todos los autores se centran en el estudio de las mujeres rurales, pero sí coinciden en considerar sus particularidades y destacan la necesidad analítica y la relevancia social de realizar estudios específicos sobre las mujeres del medio rural. Han dejado en evidencia la subordinación femenina, las peores condiciones de vida de las mujeres y las particulares dificultades que hacen de su inserción social y laboral un importante motivo de análisis desde una perspectiva de género³. Además de la legitimidad que la perspectiva de género otorga a los análisis específicos sobre las mujeres rurales, otro grupo de estudios ha constatado la existencia de itinerarios diferenciados entre hombres y mujeres, sin entrar a valorar sus causas, tanto es así que en el último estudio sobre la juventud rural una de sus conclusiones apunta lo siguiente: “*La principal peculiaridad de la juventud rural no es otra que su extraordinaria diferencia interna por razón de género*” (González y Gómez, 2002, p.15).

Es preciso, pues, preguntarse cómo han cambiado las vidas de las distintas generaciones de mujeres en estos últimos períodos

y de qué modo se enfrentaron a su futuro las jóvenes de los ochenta y cómo lo hacen las jóvenes mujeres rurales de hoy. Nos preguntamos que hacían en los ochenta las menores de 30 años, aquellas a las que los analistas describieron como un *circulo quebrado*⁴ para referirse a la ruptura generacional en los modelos de integración laboral. Preguntarnos también cuáles son las pautas educativas y laborales seguidas por las que generacionalmente pueden ser las hijas de aquellas, o que en cualquier caso son lo que algunos han llamado *generación soporte*⁵ al referirse a las generaciones de jóvenes que no emigraron en los años ochenta y que nacieron con el *baby boom* de los sesenta.

A la vista de los estudios mencionados se pueden apuntar un conjunto de cambios significativos. Un primer grupo de cambios referido a las opciones formativas seguidas por las mujeres; un segundo grupo de cambios de carácter laboral; y un tercer grupo en el terreno de las relaciones en el que se observan cambios en la vida privada (familiares y personales) y en la pública (con la comunidad rural y con el medio urbano). Estos últimos, menos cuantificables y más complejos en sus manifestaciones, no serán motivo de este trabajo. Dedicaremos este artículo a describir y analizar los cambios formativos en las dos últimas generaciones de mujeres jóvenes, lo acompañaremos de algunos apuntes sobre las estrategias laborales seguidas por ellas durante las tres últimas décadas.

Las estrategias de expansión formativa y el fracaso escolar

Los datos sobre la formación de las mujeres rurales en España indican que el nivel medio de estudios reglados de la población femenina en su conjunto en las áreas rurales es inferior al masculino en el mismo medio y también al del conjunto nacional femenino (Prados, 2000; Vera y Rivera, 1999). Esta diferencia procede, fundamentalmente de las generaciones de mujeres adultas y ancianas. Son las mujeres mayores las que adolecen de instrucción formal, mientras

que entre las jóvenes ha aumentado sensiblemente el nivel educativo. Pero esta tendencia formativa hacia el aumento del nivel educativo no sólo las separa de las mujeres de otras generaciones, sino también de sus coetáneos varones (González y Gómez, 2002)⁶.

Estas orientaciones hacia los estudios de las mujeres más jóvenes del medio rural empezaron a fraguarse en la década de los ochenta (Vicente-Mazariegos, 1993). En estos momentos comenzaron a modificarse las estrategias familiares campesinas orientándose hacia el apoyo de la formación de las hijas y favoreciendo, por el contrario, la inserción laboral temprana de los hijos varones (Díaz, 1997; González y Gómez, 1997). Estas incipientes tendencias en las décadas precedentes fueron consolidándose en los años posteriores y mientras las jóvenes persistieron en esta estrategia formativa de manera continuada, las nuevas generaciones de jóvenes varones no tuvieron una trayectoria tan consistente. Se ha corroborado que, mientras las mujeres jóvenes persisten en su estrategias de formarse, independientemente de lo que suceda en el entorno, los jóvenes de su misma edad optan por la inserción laboral si el mercado de trabajo ofrece oportunidades y, sin embargo continúan estudiando si se limitan las oportunidades de empleo (González y Gómez, 2002, p. 43).

Pero el aumento de la formación entre las mujeres ha ido acompañado de algunos efectos, no siempre previstos ni deseados, y que han variado con el tiempo. La prolongación de los estudios ha sido la vía preferente de abandono del medio rural de las mujeres jóvenes, una vía segura para alejarse de la familia de origen y asentarse en un entorno urbano. Este objetivo ha sido alcanzado por un gran número de mujeres de las primeras generaciones, logrando con la formación un empleo urbano concordante a ella y distanciándose no sólo físicamente sino culturalmente, del medio rural⁷. La *sobreilustración* femenina, como apuntan algunos analistas (Sampedro, 1991), ha distanciado a las mujeres jóvenes del pueblo, pero también ha tenido otro efecto, alejarlas de sus

coetáneos varones, que no han proseguido la formación y con los que se ha ampliado la brecha intrageneracional favoreciendo tanto la masculinización de los pueblos como la soltería masculina. Esta soltería se ha reforzado al emplear las mujeres más jóvenes otra vía de desarraigo, el matrimonio con jóvenes urbanos, logrando con ello el mismo objetivo de alejamiento del medio rural y de la familia de origen (Díaz, 1997b). Todo ello ha contribuido a generar un efecto paradójico: si la formación de las nuevas generaciones suele ser un garante de continuidad y desarrollo de una sociedad, en el medio rural ha contribuido a su abandono y masculinización. Las mujeres más formadas se asentaron en el medio urbano, otras menos formadas lo hicieron tras el matrimonio, pues la ciudad ofreció a las generaciones de mujeres jóvenes de los años ochenta y noventa, un marco apropiado para el desarrollo de sus expectativas vitales y profesionales que el entorno rural les negaba.

La estrategia formativa, de éxito asegurado en tanto en cuanto logró el alejamiento definitivo del medio rural, comienza ahora a ponerse en cuestión y parece despuntar una nueva estrategia femenina para lograr el mismo objetivo. Si antes la prolongación de los estudios contaba con la percepción de ser una vía de éxito seguro, los datos sobre el paro juvenil, y en particular el desempleo femenino de mayor cualificación⁸, han modificado esta percepción entre las familias, entre las propias mujeres y entre la población rural. Es cierto que el esfuerzo educativo de las mujeres rurales es un rasgo que destaca frente a otros grupos, pues incluso cuando los jóvenes españoles comienzan a retroceder en su entrada a la escolarización obligatoria las mujeres rurales parecen persistir en ello, no obstante se apunta ya una tendencia que se venía detectando en la investigación cualitativa: los porcentajes de jóvenes que siguen enseñanzas post-obligatorias cae en las cohortes de los 18 a los 21 años (González y Gómez, 2002, p. 39). En grupos de discusión y entrevistas se deja ver el efecto disuasorio de las dificulta-

des de inserción laboral de las jóvenes más formadas, reafirmando quienes optan por el abandono escolar en unas estrategias de inserción que no pasan, de manera tan exclusiva como en el pasado, por el aumento del nivel educativo. Estadísticamente los efectos no parecen significativos aún (habría que esperar a datos futuros) pero el discurso sobre las escasas expectativas de inserción laboral de las jóvenes que siguen estudiando se deja sentir entre las mujeres jóvenes de todos los niveles educativos, siendo motivo de reflexión especial para aquellas con menor formación (Díaz y Dávila, 2008). La estrategia expansiva en relación con la formación iniciada por las jóvenes rurales en la década de los ochenta se ha visto ralentizada hoy, entre otras cosas, por un cambio en las percepciones sobre las posibilidades reales de lograr, a través de la formación, la deseada inserción laboral en el medio urbano.

Las jóvenes rurales actuales, siguiendo la estela marcada por las jóvenes de los años ochenta, han seguido una pauta de ampliación de sus estudios, lo que ha contribuido a acrecentar, aún más, las diferencias educativas entre hombres y mujeres jóvenes del medio rural español ya perceptibles en la juventud de los ochenta. Los jóvenes varones se han retraído y no han proseguido los estudios en la misma medida. Las mujeres sí lo han hecho. Esto sitúa a las jóvenes rurales en una posición mejor en el ámbito educativo que la de los jóvenes rurales de su edad, pero no debe ocultar otro hecho, la existencia de un número relevante de mujeres jóvenes que cierran sus etapas educativas con las enseñanzas obligatorias. La tasa de acceso a los estudios post-obligatorios de la juventud rural es de 41,2 % para los varones y 53,1% para las mujeres (las cifras nacionales son de 53,6% y del 59,5% respectivamente) (González y Gómez, 2002, p. 40). En ambos casos nos encontramos con un número relevante de mujeres que no siguen las tendencias mayoritarias, pero que constituyen un colectivo amplio próximo a la mitad de la población femenina rural.

La falta de formación agraria de las mujeres jóvenes

La desagrarización del medio rural, es decir, la pérdida de la centralidad de las actividades agroganaderas, ha sido un fenómeno ocupacional detectado de manera sostenida en los análisis sobre el cambio en el medio rural español desde los años ochenta⁹. Pero lo es aún más cuando nos referimos a las implicaciones de género que se esconden detrás del descenso de la actividad agraria. Según la explicación dada por algunos analistas de este fenómeno que relaciona género y actividad agraria, la agricultura no es atractiva para las mujeres, pues las estrategias familiares y la propia valoración de la actividad agraria no han favorecido la permanencia de las jóvenes en las explotaciones familiares agrarias (García, 2000).

En la década de los ochenta la estructura ocupacional femenina se encontraba dividida en dos grupos: las mujeres adultas insertas en actividades agrarias, principalmente como *ayudas familiares*, y las más jóvenes en el sector servicios unas y en ocupaciones domésticas otras, con tendencia a la terciarización entre las jóvenes en los asentamientos más poblados (Sampedro, 1991). En esta época había más esposas de agricultores que agricultoras y la participación femenina en la actividad era claramente secundaria como *ayudas familiares*. Asimismo, entre las jóvenes se daban situaciones de ocupación sin ingresos, entre aquellas que, aun trabajando, no recibían remuneración directa por el trabajo agrario realizado. De esta situación de *ocupados sin ingresos*, parecen salir con el tiempo los jóvenes varones hacia el trabajo agrario en mejores posiciones ocupacionales, pero la situación de dependencia de las mujeres vinculadas a las familias agrarias se prolonga entre las mujeres jóvenes (González, De Lucas y Ortí, 1985). Los datos censales posteriores muestran el rechazo de las mujeres a insertarse en la actividad agraria (al menos en la familiar). Esto se visibiliza a través del descenso de su implicación en las explotaciones familiares agrarias en las categorías ocupaciona-

les de *ayudas familiares*. Lo que algunos autores han definido como *tasa de intensidad de incorporación a la explotación agraria* ha sido muy reducida en el caso de las mujeres (García, 2000)¹⁰, mostrándose en la década de los noventa un trasvase hacia la domesticidad de aquellas mujeres que permanecieron en la explotación agraria familiar. Para las más jóvenes, ser solamente *ama de casa*, en este entorno de infravaloración de la participación laboral femenina en la agricultura propia de la década de los noventa, se convierte en una opción más interesante que permanecer como ayudantes sin sueldo de los varones agrarios. Entre las más mayores se ha visto, sin embargo, un aumento de las titularidades agrarias, en particular en algunos territorios del norte español, pero los estudios sobre esta cuestión indican que no se trata de una nueva estrategia femenina de inserción pues estas titularidades están asociadas, en la mayoría de los casos, a una *agricultura insuficiente*¹¹ propia de explotaciones agrarias marginales, sin continuidad y/o de escasa rentabilidad (García, 2004). Las mujeres han seguido unos pasos claros hacia la desvinculación de la actividad agraria, un proceso de desagrarización que se puede ver aún con más fuerza entre las nuevas generaciones de mujeres, que han abandonado la tradicional posición de ayudas familiares y persistido en su estrategia de distanciamiento de la agricultura familiar, como se muestra en el escaso porcentaje de las que se encuentran hoy en esta situación (González y Gómez, 2002)¹².

Pero además de esta falta de interés por integrar laboralmente a las mujeres en la agricultura, las mujeres de las familias agrarias se han encontrado con graves dificultades para su incorporación a los procesos formativos de carácter ocupacional y continuo (Langreo, 2000). Las fórmulas legales que regulaban la participación en la actividad agraria (o no están registradas en el paro, o no poseen la titularidad de la explotación) les han impedido optar a una formación orientada a la especialización en aquella actividad que más conocen. Al considerar las familias que se trata de una formación

aprendida en el seno del grupo doméstico y cuyo aprendizaje formal sólo se ofrece a quienes esperan su profesionalización; son los varones más jóvenes los elegidos quedando excluidas las mujeres (González, de Lucas y Ortí, 1985). La masculinización del sector se afianza así con la formación de aquellos de los que se espera se profesionalicen, los hombres jóvenes.

Los efectos de las primeras políticas europeas de instalación de jóvenes en la agricultura han tenido, como se conoce, un desigual efecto territorial y un efecto importante (aunque menor que en el resto de Europa) sobre la inserción laboral de los jóvenes varones (Moyano y Fernández, 1990). Aunque existen datos desagregados por sexos para las políticas de incorporación de jóvenes, no se ha analizado en detalle el impacto de género. A tenor de las que se han visto afectadas por los programas de inserción laboral, el efecto sobre las mujeres ha sido muy limitado (García, Gómez y González, 2002)¹³. Cabe destacar, no obstante, el mayor impacto obtenido a partir del giro hacia el enfoque territorial dado a las políticas europeas tras la reforma de la PAC de 1992 (Langreo y Benito, 2005). Las nuevas formas de entender el desarrollo incorporando actividades y actores nuevos y considerando el carácter multifuncional y no exclusivo de la agricultura, es un escenario donde tienen mayor acogida los roles adoptados por las mujeres rurales. Asimismo las nuevas políticas europeas de igualdad entre géneros muestran, a partir de los años noventa, los nuevos caminos seguidos por las administraciones para apoyar específicamente la inserción laboral de las mujeres¹⁴.

El rechazo al trabajo doméstico: paro y empleo asalariado

La pauta ocupacional más característica seguida por las mujeres rurales ha sido, sin duda, la persistencia en mantenerse en el mercado de trabajo asalariado. Esta entrada ha sido paralela tanto al proceso de desagrarización del medio rural como al alejamiento del rol tradicional de *ama de casa*. Como

habíamos apuntado anteriormente, para las mujeres jóvenes de mayor edad y con menores oportunidades de inserción laboral, ser solamente *amas de casa* se convierte en una posición social interesante pues reduce su flexibilidad estabilizándolas en una única actividad, la de ocuparse del hogar y de la familia. Pero sí en los años ochenta, e incluso en los noventa (Díaz, 1997) la opción de ser *ama de casa* fue una oportunidad interesante para lograr la integración social de las mujeres que permanecían en el medio rural, las nuevas generaciones de mujeres más jóvenes no lo perciben así. Los datos recientes apuntan como un rasgo definitorio de las nuevas situaciones ocupacionales, el importante retroceso de la domesticidad femenina entre la población más joven¹⁵ (González y Gómez, 2002). Las jóvenes comenzaron negándose a los papeles secundarios en la agricultura, se acogieron a las tareas domésticas para huir del trabajo del campo y deciden ahora optar a empleos remunerados fuera del ámbito doméstico y familiar. Han seguido unas estrategias continuadas de alejamiento de las condiciones de vida que más les dificultan el logro de la autonomía económica y personal, lo que las ha llevado a adoptar medidas que las alejan del entorno agrario, en un primer momento, y del doméstico, más recientemente.

La insistencia de las mujeres rurales en hacerse trabajadoras asalariadas tiene varias explicaciones, pero en cualquier caso no es sólo de una respuesta a la disminución de la actividad productiva agraria, es más bien una respuesta a la expulsión de las mujeres de una actividad que se profesionaliza fundamentalmente a través del trabajo masculino, y una estrategia en busca de las condiciones de vida que se otorgan a los trabajadores y trabajadoras asalariadas fuera del grupo familiar y que sin embargo se les niegan a ellas en su seno. Empujadas a veces por las necesidades económicas del grupo familiar, y estimuladas también por la necesidad del reconocimiento social y económico del que carecen en sus familias lo han buscado en trabajos remunerados fuera de la familia de origen aunque dentro del entorno

rural. Algunas de estas actividades son nuevas. El empleo en el sector servicios ha aparecido paralelamente al impulso del turismo en las áreas rurales. Otras ocupaciones son, sin embargo, tan antiguas como la propia agricultura, el trabajo relacionado con el sector textil, el trabajo asalariado en la agroindustria, aunque cuentan con características nuevas ha sido una fórmula tradicional de pluriactividad del medio rural. Las mujeres han sabido aprovechar esta fórmula para mejorar sus propias condiciones de vida y las de sus familias, aunque en muchos casos, como dice Sampedro Gallego haya sido "*participando del mundo productivo sin salir del reproductivo*" (Sanpedro, 1991 p. 19).

Actualmente casi las tres cuartas partes de las mujeres rurales son asalariadas y se confirma un aumento sostenido de esta tendencia laboral. Según García Sanz en los municipios menores de 10.000 habitantes la actividad de las mujeres en el sector servicios supera el cincuenta por ciento de participación, cifra superior a la participación de los varones en este sector y notablemente más alta que la actividad de las propias mujeres en la agricultura. Las cifras sobre desempleo muestran también otros perfiles de interés. Aunque siguen siendo más las mujeres desempleadas que los hombres en esta situación, en los últimos diez años ha aumentado tanto la población activa femenina como la ocupada (García Sanz, 2004).

Dos generaciones de mujeres y dos estrategias de inserción sociolaboral

Las jóvenes rurales han persistido en su estrategia de utilizar la formación como vía para lograr sus objetivos, pero éstos se han modificado a lo largo de las últimas dos décadas por lo que también han variado las vías empleadas para alcanzarlos. La formación sirvió de preparación a las jóvenes para el mercado de trabajo aumentando sus posibilidades de encontrar empleo, pero sirvió además para alejarlas de la familia de origen y del medio rural otorgándoles una autonomía personal y un reconocimiento social que

no tuvieron aquellas que permanecieron en la familia y en el pueblo. Pero esto también fue alcanzado por otras a través del matrimonio, con lo que la marcha del pueblo y el reconocimiento social llegó igualmente con la creación de una familia propia en la urbe. El desprestigio del medio rural, asociado al atraso y al aislamiento, hizo que fueran escasas las opciones de permanecer en el pueblo, dejando esta opción sólo a quienes no pudieron marchar o renunciaron a ello por imperativo familiar. Fueron pocas las que se alejaron de las tendencias de expansión formativa seguidas por la mayoría, pero constituyeron la generación sobre la que se asentó el futuro con el que ahora nos encontramos: las menos formadas que ya veían anunciado el fracaso escolar y las que contaban con menos recursos familiares para apoyar la opción de abandonar el territorio. Estas jóvenes no son un grupo numeroso, pero han sido el soporte del medio rural.

Las nuevas estrategias han retocado, al menos parcialmente, las asociaciones establecidas en torno a la formación. El desarraigo y la formación han perdido su estrecha vinculación y los cambios legislativos en materia educativa y los apoyos familiares han propiciado hoy la finalización de la enseñanza obligatoria incluso entre aquellas jóvenes más proclives al fracaso escolar. La finalización de la enseñanza reglada y también la continuidad de los estudios, es hoy más fácil para los y las jóvenes rurales, por lo que parece haberse difuminado la relación entre continuidad escolar y renta de las épocas precedentes. Los datos de fracaso escolar indican además que hoy es más fácil que hace unas décadas que las jóvenes finalicen la enseñanza obligatoria con la titulación adecuada para hacer una primera y sencilla formación complementaria. También es posible seguir en las enseñanzas universitarias, pero ahora esta prolongación educativa no hace perder irremisiblemente el vínculo familiar y rural: hoy la formación no desarraiga.

Pero habría que decir, además, que tampoco es la vía que garantiza la independencia económica y la autonomía personal. Las nuevas generaciones de jóvenes ponen en

cuestión la utilidad de la continuidad educativa como vía segura de inserción laboral. Con frecuencia las mujeres optan por la inserción temprana al mercado de trabajo en un entorno laboral que muestra una importante presencia de mujeres formadas sin empleo y una mayor relación entre empleabilidad y baja cualificación. Estas situaciones son más visibles hoy que en el pasado, momento en que el retorno tras la formación no contaba con el apoyo familiar. Hoy la vuelta al pueblo al finalizar los estudios es una posibilidad adoptada por las jóvenes con formación que retornan al hogar de origen a la espera de una oportunidad laboral.

Si los cambios en los aspectos formativos han sido relevantes, destacan aún más los cambios en las estrategias laborales. La desagrarización y la salarización han sido las tendencias más visibles de las generaciones de mujeres de los años ochenta y noventa. Ambos fenómenos corrieron íntimamente unidos, pues las mujeres huyeron (o fueron expulsadas) de la agricultura familiar para arrojarse en el trabajo asalariado fuera, y también dentro, del sector agrario. El familismo corrió también parejo a estas dos tendencias, pues las mujeres vieron en el salario una vía para lograr la autonomía y el reconocimiento que se le negaba en la familia de origen. Las cifras de paro y las condiciones de inestabilidad e irregularidad laboral no indican que la autonomía económica haya sido la tendencia más general para hablar de la inserción laboral femenina, pero sin duda muestran la clara y persistente apuesta de las mujeres hacia la inserción laboral fuera de la familia. Esta tendencia ha proseguido su marcha a lo largo del tiempo hasta la actualidad, aunque hay que introducir algunos matices relevantes. La desagrarización se ha manifestado más como un alejamiento de las actividades agrarias familiares principales que como una huida de todas las tareas relacionadas con el sector. Tanto entre las asalariadas como entre las que optan al autoempleo están muy presentes actividades agroganaderas secundarias, como la industria alimentaria o la horticultura. Otras han visto en el turismo rural una opción pa-

ra seguir haciendo lo que saben pero alejándose de las tareas ganaderas que les desagradan y sobre las cuales tienen escasa capacidad de decisión.

También podría decirse que la desfamiliarización no ha sido la pauta más extendida. El término, en tanto en cuanto describe el alejamiento progresivo de las mujeres de las actividades familiares agrarias, responde a la realidad, pero aquellas que hoy se conocen como *emprendedoras*, lo son en sectores ocupaciones con claros vínculos familiares, como los pequeños negocios rurales, la hostelería y el comercio. Podría decirse que algunas mujeres han visto en las actividades agrarias no principales y en el autoempleo una de sus opciones más sencillas pues con ello logran sus objetivos de autonomía económica y personal sin renunciar al vínculo familiar.

Aunque sea relevante esta continuidad familiar en las comunidades rurales hay que reconocer que el salto al trabajo asalariado en el sector terciario ha sido la tendencia más general adoptada por las mujeres jóvenes y cabe decir respecto a esto que la formación y el género sí han marcado diferencias. En el sector servicios las menos formadas han encontrado oportunidades laborales más fácilmente que las más formadas. Las primeras en condiciones precarias y sujetas a la temporalidad, pero también las segundas, quienes han roto de manera visible la tradicional relación que vinculaba en el pasado residencia y territorio. Para las jóvenes hoy la movilidad interterritorial es una pauta laboral no solo deseada, sino utilizada para maximizar las posibilidades de encontrar empleo. Naturalmente surgen aquí las mayores dificultades para las jóvenes de menor renta, que se ven constreñidas en la utilización de transporte privado y por ello sujetas a los servicios públicos. Todas ellas buscan sus oportunidades laborales en las poblaciones próximas a los pueblos donde residen con el fin de compatibilizar empleo y residencia.

Hay que añadir, como una tendencia fuertemente enraizada entre la población juvenil femenina, el rechazo al rol tradicional de ama de casa, en tanto en cuanto implica

una dependencia económica y social de otros. Las mujeres, de cualquier edad y condición, buscan hoy empleo como “la” opción para situarse socialmente y no esperan que ni la ayuda familiar ni el matrimonio les ofrezca esta oportunidad. Pero también hay que decir que la domesticidad forzosa llega con el matrimonio y la maternidad, obligando a las mujeres a realizar reajustes en sus expectativas. Ante estas nuevas circunstancias vitales las jóvenes ya no sólo actúan pensando en su propio beneficio sino en el de su grupo familiar, de ahí que surjan limitaciones y capacidades antes no presentes que les hacen reinterpretar nuevamente la realidad y adaptarse a ella.

Las jóvenes rurales ante una nueva ruralidad

La comparación entre las estrategias seguidas en el pasado por las mujeres y las que ahora son preferidas por ellas nos ofrecen la posibilidad de analizar los elementos determinantes de estos comportamientos.

En el pasado las estrategias femeninas se sustentaban en un objetivo prioritario: el desarraigo. Las mejores estudiantes usaban la formación como una estrategia de huida del pueblo y de la familia, quedando el matrimonio como la vía de escape del medio rural para las de menor éxito educativo o con menores recursos. En el medio rural quedaron, como algunos autores apuntan, las que “*no podían marchar*”, puesto que la mayoría lo deseaba. Hoy tanto la formación como el matrimonio han perdido su carácter central en la configuración de las opciones de vida de las jóvenes y es la inserción laboral el elemento central sobre el que las jóvenes desean anclar su futuro. Esto ha dado lugar a una reinterpretación de la vía más utilizada por las mujeres en el pasado para mejorar, la formación. Las jóvenes hoy ya no asocian a la formación su carácter *desrualizante*, pero además se ha debilitado la relación positiva entre los estudios y el empleo. Rotas estas asociaciones la estrategia se pone en cuestión. Las jóvenes comienzan a detectar menores discrepancias entre forma-

ción y ruralidad y una asociación más débil entre la vida urbana y el empleo. De una situación en la que la inserción laboral estaba íntimamente ligada a la formación y al empleo urbano, se pasa a una inserción posible en el entorno y que incluso resulta compatible con una formación escasa. El debilitamiento de la estrategia de expansión formativa, así como la mirada hacia la inserción laboral sin abandonar el medio rural, constituyen los elementos sobre los que asentar unas nuevas estrategias para dar respuesta a las expectativas de las generaciones de mujeres más jóvenes.

Los conflictos de género apenas se dejaban sentir en el pasado, mostrándose las mujeres jóvenes más favorables a la adaptación que al cambio de roles o a la búsqueda de nuevos modelos de relación en entornos no rurales. En el pasado fueron las madres quienes se revelaron, tomando decisiones que discriminaron positivamente a sus hijas y despejaron su futuro con la marcha del territorio. Probablemente hoy las políticas de igualdad y de inserción laboral están jugando este papel, pues se detectan como el instrumento manejado por las mujeres para lograr sus objetivos.

Las políticas europeas de inserción de jóvenes en la actividad agraria dieron continuidad, por su concordancia, al control por parte de los varones de las explotaciones agrarias. Antes la familia se esforzaba en la expulsión de las jóvenes del medio cuando las políticas dirigidas a los jóvenes se empeñaban en la inserción de los varones y las políticas agrarias limitaban el desarrollo de oportunidades laborales no agrarias. Hoy las nuevas políticas de desarrollo encuentran un mayor eco y adecuación a los intereses de las mujeres. Siguiendo la estela de la modernidad, los intereses familiares e institucionales confluyen para asegurar la continuidad generacional en el medio rural. Esto se ve favorecido por el propio proceso de transformación social del medio. Ante el debilitamiento de los referentes normativos de las instituciones tradicionales las instituciones públicas posibilitan unos modelos de acción (a la vez que frenan otros), pero además ge-

neran fuerzas dinamizadoras de cambio que antes procedían únicamente del ámbito privado de la familia¹⁶.

Otro de los aspectos a destacar en este proceso de transformación social es la forma en que las mujeres conjugan la tradición y el cambio para el logro de sus objetivos. Los inconvenientes asociados al género, en particular el vínculo familiar, son utilizados por ellas para buscar las posibles oportunidades que ofrece el medio rural, un ejemplo de ello es la forma en que la informalidad doméstica favorece la flexibilidad o la importante expansión del autoempleo de carácter familiar. Es curioso, pero se trata de viejos medios para nuevos fines, una revisión (o actualización) de la tradición con el objetivo de responder con éxito a las nuevas circunstancias. Las mujeres sorteán los inconvenientes, muy ligados al género, y los usan a su favor para ofrecer modelos que les permiten conciliar sus deseos y expectativas de autonomía personal con sus responsabilidades familiares y domésticas. Es cierto que esto pone en evidencia las limitaciones para lograrlo, y la propia subordinación de género de las mujeres, y que quizás no haya tantas oportunidades para desvincularse del rol tradicional de ama de casa y esposa, pero sus pasos indican que están buscando una nueva dimensión a sus vidas sin apoyarse en el enfrentamiento ni en la resignación.

Otro de los aspectos que más se ha modificado tiene que ver con la visión del propio medio rural. Frente al aislamiento físico de no hace muchas décadas (en lo objetivo y en lo subjetivo) se cuenta hoy con una visión del mundo rural íntimamente conectada con el mundo urbano. Las diferencias objetivas se han aminorado pero la distancia subjetiva también es menor, ocupando así el medio rural una posición más igualitaria con el urbano en la sociedad. Las relaciones con las urbes han cambiado y se ha pasado de una subordinación fuerte, donde el rural se definía por aquello de lo que carecía frente al urbano, a una relación simbiótica. Aunque sigue manteniéndose la dominación material (la ciudad sigue siendo la proveedora de recursos de ocio, de empleo, de relación, de

consumo) se ha roto la subordinación simbólica. Los rurales hoy no se perciben inferiores, aunque sigan subordinados a la ciudad por la necesidad de los recursos materiales de los que carecen (más incluso que en el pasado). Rota la dualidad entre un mundo atrasado y aislado frente a la apertura y las oportunidades urbanas, las mujeres hoy no encuentran contradicciones entre la residencia, el trabajo y las relaciones, tres aspectos que en el pasado las remitían irremisiblemente a la ciudad y al abandono del pueblo.

Precisamente cobra una especial relevancia en el cambio de estrategia femenina de inserción la percepción acerca de la relación trabajo y territorio. Si las mujeres jóvenes de otras décadas vinculaban empleo a desarraigo, las jóvenes hoy no entienden que trabajo y territorio sean aspectos vitales contradictorios. La percepción de un medio abierto y conectado les hace calcular el logro de sus objetivos en función de las posibilidades de movilidad interterritorial. Sus expectativas por ello pueden cubrirse en las poblaciones más próximas, donde sea posible encontrar empleo, aunque esta movilidad sigue teniendo importantes dificultades en algunas áreas geográficas y entre algunas familias de menores recursos. Supeditadas en el pasado a una movilidad limitada por cuestiones geográficas, económicas y de género, hoy contar con fáciles conexiones físicas y/o virtuales hacia las urbes es uno de los elementos sobre los que las jóvenes asientan su futuro, y en particular, su percepción de lograr éxito permaneciendo en el medio rural. Pero además, y objetivamente, la actual subordinación material de los pueblos a las urbes próximas puede hacer insostenible la dependencia si escasean los recursos para la movilidad.

En este proceso de asentamiento en el medio rural juegan un importante papel los cambios en las percepciones y los valores asociados a la propia ruralidad. Se han ido perdiendo las adscripciones tradicionales de atraso y aislamiento para pensar hoy el medio rural como un espacio valorado por la sociedad, en particular por sus vínculos con

la naturaleza y con la tradición. Las propias mujeres son conscientes del deterioro de estos valores pero, precisamente por ello y por conocer la revalorización que tienen para *otros* (los no rurales), se aferran a ellos y se reafirman como mujeres rurales por vivir en espacios donde las relaciones humanas y las relaciones con la naturaleza son diferentes. Podría decirse que este es el proceso más relevante detectado en las nuevas generaciones de mujeres, pues construyen su identidad en torno a la ruralidad. La ruralidad se torna ahora identitaria, un rasgo claro de la modernización social también del mundo rural español. La construcción de esta ruralidad nos está mostrando el camino seguido por las mujeres jóvenes y sus estrategias pues construyen una ruralidad entre dos mundos sin que estos se perciban como opuestos ni incompatibles.

Todos estos cambios no son ajenos al resquebrajamiento de la sociedad tradicional y a las nuevas formas de afrontar el cambio en el propio medio. Los análisis sobre el papel activo de las mujeres en el entorno quedaba relegado a la subordinación a la que la familia y la comunidad parecían otorgarle. Las propias mujeres no eran partícipes del cambio en su territorio y primaron sus estrategias privadas (alejarse del medio) sobre cualquier comportamiento favorable al medio y/o la comunidad rural. Hoy la participación social femenina es un rasgo que no escapa a los analistas, no solamente por sus repercusiones sino por sus propias dimensiones. Las mujeres forman parte activa del proceso de cambio social seguido en el medio rural a través de su participación activa en las asociaciones y aparecen como protagonistas de la transformación social de su entorno bien como empresarias o como miembros de asociaciones o de partidos políticos. Este proceso no es tampoco ajeno a la modernidad social. En el proceso de cambio se ha resquebrajado también la autoridad y el poder masculino, tanto dentro de la familia como en la propia comunidad rural. Sin duda esto ofrece un resquicio de entrada para nuevos modelos de comportamiento y para una aceptación más favorable de las mujeres en

la vida pública. El predominio en el pasado de una visión social de la mujer adscrita de manera preferente o exclusiva al ámbito privado pone aún en cuestión su participación pública, que cuenta con apoyos menores de los que se le ofrecen a los varones para participar en actividades políticas, culturales o empresariales. Las mujeres no sólo tienen hoy una mayor capacidad para administrar el cambio en la comunidad rural, sino una menor resistencia y un mayor apoyo para que sus esfuerzos tengan resultados.

En resumen, el análisis que aquí se ha presentado acerca de los cambios en las estrategias de inserción social y laboral de las mujeres rurales de dos generaciones diferentes, bien podría ser un reflejo de la tendencia modernizadora de las sociedades tradicionales: la expansión de las decisiones personales con el consiguiente deterioro del poder tradicional, el debilitamiento de la solidaridad y de la cohesión comunitaria, o una visión del mundo más racional y reflexiva¹⁷. Algunos analistas de la modernidad han visto en estos cambios un camino hacia la ruptura de valores, hacia un vacío cultural que fuerza a perder el sentido de la vida replegando al actor social hacia sí mismo¹⁸. Pero hay que manifestar, que analizados estos cambios como un proceso, es decir, en un sentido más dinámico y centrado en los actores sociales, y no como los resultados de un fenómeno de modernización social, las fórmulas adoptadas por las mujeres son más un reflejo de la capacidad de adaptación a los cambios que de una muestra de la *desestructuración social*. Se detectan aquí pautas de acción complejas, que muestran el proceso de construcción de una nueva ruralidad, y más bien parece que el sujeto no se *subjetiviza*, sino que logra conjugar lo individual y lo social y encontrar *su lugar en el mundo*. En la línea teórica planteada por Giddens (1999) podemos ver cómo hoy se altera de manera significativa la identidad personal en el proceso de modernización social, pero es justamente esto lo que obliga a crear y re-crear la identidad permanentemente, a renovarla constantemente. Y las estrategias de acciones seguidas por las mujeres jóvenes

indican que estas jóvenes están mejor capacitadas que las de otras épocas para hacerlo. La modernidad ofrece nuevas posibilidades y mecanismos para la acción, aumentando la capacidad del individuo para autotransformarse y transformar el mundo que le rodea. Las mujeres buscan fórmulas para dar continuidad a la ruralidad sin rupturas, y parecen conseguirlo precisamente en el proceso de construcción de su propia identidad como mujeres rurales.

Hay cambio de valores y hay también conflictos entre géneros y entre generaciones que no permanecen ocultos al intentar comprender la manera en que las mujeres afrontan los cambios sociales de su entorno y se plantean su presente y su futuro. Pero las mujeres muestran en sus conductas y en sus reflexiones las mejores formas de conjugar la modernidad y el cambio sin rupturas abruptas entre los valores tradicionales y modernos ni enfrentamientos irresolubles entre géneros o entre generaciones. Con sus estrategias de acción nos están mostrando las pautas que han ido en retroceso y aquellas que se muestran con mayores posibilidades de continuidad. Pero sobre todo nos muestran la manera de afrontar con éxito esta nueva ruralidad difusa que hoy intentamos desentrañar.

Las tendencias que se han apuntado muestran cambios en las estrategias seguidas por las mujeres para lograr sus objetivos. Tanto los apoyos públicos como los privados, y la conjunción entre ambos, pueden determinar que ciertas acciones encuentren respaldo y otras, por el contrario, se vean bloqueadas. En este sentido cabe destacar algunos de los elementos que pueden constituir un bloqueo significativo para que las mujeres logren sus objetivos y estos bloqueos tienen que ver con las posibilidades reales de lograr aquellos que nos están diciendo que desean: encontrar fórmulas que les permitan combinar sin renuncias su autonomía personal y la vida en el medio rural.

Evidentemente las nuevas generaciones de mujeres buscan autonomía personal y reconocimiento social, aspectos que se logran más fácilmente a través del empleo. Aunque

estos objetivos no deberían estar reñidos ni con la constitución de una familia ni con la maternidad, el caso es que los roles tradicionales de género siguen pesando de manera significativa entre las mujeres muy especialmente a partir del matrimonio y la maternidad obligándolas a revisar sus expectativas vitales y con ello sus estrategias de inserción social y laboral. Con importantes dificultades las mujeres persisten en su empeño por integrarse en el mundo del trabajo, pero aquí también las discriminaciones de género les afectan, más que a otros grupos, a través de menores oportunidades de empleo y de peores condiciones laborales. Pero además el propio territorio constituye un espacio de dificultades. Se ha logrado un alto grado de aceptación y de respeto de las expectativas de vida de las mujeres, tanto por parte de las familias como de la comunidad rural, pero la

falta de movilidad o las dificultades de vínculos (virtuales y reales) con las ciudades próximas pueden suponer un importante freno a su desarrollo.

En clave positiva cabe destacar que los elementos más fuertes sobre los que se asientan las estrategias femeninas para tener éxito tienen que ver hoy con el avance de la identidad rural y de la participación social, pues en ambos casos anclan a las mujeres al territorio ofreciéndoles unos soportes culturales y de valores que constituyen la base sobre la que afianzar su futuro. Queda pues pendiente un avance hacia la igualdad entre géneros y un avance hacia la integración laboral, como hemos apuntado, pero parece oportuno construirlo a partir de la ruralidad que estas jóvenes nos están mostrando y que integra sus expectativas individuales con las que poseen como miembros de la comunidad rural.

Referencias

- Berger P.L. y Luckmann, T. (1995). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Camarero, L. Sampedro, C. y Vicente-Mazariegos, J. (1991). *Mujer y ruralidad en España. El círculo quebrado*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Camarero, L. (1997). Pautas demográficas y espaciales de las transformaciones del medio rural. En Gómez Benito y González Rodríguez (Ed.) *Agricultura y sociedad en la España contemporánea* (pp. 225-246). Madrid: CIS y Ministerio de Agricultura Pesca y Alimentación.
- Camarero, L. (2002). Pautas y tendencias demográficas del medio rural: la población rural en la última década del siglo XX. En Gómez Benito y González Rodríguez (Ed.) *Agricultura y Sociedad en el cambio de siglo* (pp. 63-77). Madrid: McGraw Hill.
- Camarero y cols. (2005). *Emprendedoras rurales: de trabajadoras invisibles a sujetos pendientes*. Valencia: Centro Francisco Tomás y Valiente.
- Díaz, C. (1997). *Estrategias familiares y juventud rural*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- Díaz, C. (1997b). Modelos de inserción sociolaboral de las jóvenes rurales. *Papers Revista de Sociología*, 54, 113-128.
- Díaz, C. (2007). Cambios generacionales en las estrategias de inserción sociolaboral de las jóvenes rurales. *Estudios Agrosociales y Pesqueros*, 211, 307-338.
- Díaz, C. y Dávila, M. (2008). *Familia, trabajo y territorio: tres anclajes sociales dinámicos para la integración de las jóvenes en una sociedad rural difusa*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- Etkezarreta, M. (1985). *La agricultura insuficiente*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- García, J.M. Gómez, C. y González, J.J. (2002). La juventud agricultora. En González Rodríguez y Gómez Benito (Ed.) *Juventud Rural 2000*. INJUVE (pp. 89-121). Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- García, J.M. (2000). Reflexiones sobre la situación de la juventud en la sociedad rural. *Revista de Estudios de Juventud*, 48, 9-19.
- García, J.M. (2004). Mujeres en la agricultura y en la sociedad rural. *Atlas de la España rural* (pp. 146-159). Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- García, J.M., Díaz, C. y Herrera, P. (2002). *Mujeres rurales en España. Análisis crítico de la producción documental (1990-2002)*. Madrid: Ministerio de agricultura, Pesca y Alimentación.

- García Sanz, B. (2004). *La mujer rural ante el reto de la modernización de la sociedad rural*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- González, J.J., De Lucas, A. y Ortí, A. (1985). *Sociedad rural y juventud campesina. Estudios sociológico de la juventud rural*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- González, J.J. y Gómez, C. (1997). Clases agrarias, estrategias familiares y mercado de trabajo. En Gómez Benito y González Rodríguez (Ed.). *Agricultura y Sociedad en la España contemporánea* (pp. 565-580). Madrid: CIS y Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- González J.J. y Gómez, C. (2002). *Juventud Rural 2000*. Madrid: INJUVE. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Langreo, A. (2000). Retos formativos y demandas profesionales de las agricultoras. *Mujer y sociedad rural: entre la inercia y la ruptura* (pp. 131-139). Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer.
- Langreo, A. y Benito, I. (2005). La mujer en la agricultura y en el medio rural. *Agricultura Familiar en España 2005. Anuario UPA*, 104-128.
- Moyano, E. y Fernández, M.C. (1990). Teoría y práctica de la instalación de jóvenes en la agricultura. *Revista de Estudios Agrosociales*, 154, 7-37.
- Prados, M.J. (2000). El último eslabón en la cadena de producción. Manipuladoras e industrias agroalimentarias en Andalucía. En García Ramon y Baylina Ferre (Ed). *El nuevo papel de las mujeres en el desarrollo rural de Barcelona* (pp. 133-150). Barcelona: Oikos-Tau.
- Sampedro, R. (1991). El mercado de trabajo en el medio rural: una aproximación a través del género. *Política y Sociedad*, 8, 25-33.
- Vera, A. y Rivera, J. (1999). *Contribución invisible de las mujeres a la economía: el caso específico del mundo rural*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Vicente-Mazariegos, J. (coord) (1993). *Situación socioprofesional de las mujeres en la agricultura. Volumen I, II, III, IV, V*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

Notas

- 1 Este artículo cuenta con una versión más amplia y específicamente orientada al análisis de los cambios laborales y actitudinales seguidos por las mujeres rurales (Díaz Méndez, 2007).
- 2 Camarero, Díaz Méndez, de la Fuente, García Bartolomé, García Sanz, Gómez Benito, González, González Molina, Mauleon, Oliva, Sampedro Gallego son algunos de los autores de referencia. Unos a partir de análisis generales sobre el medio rural, otros explorando el cambio en el ámbito local, todos ellos han contribuido de manera significativa a la comprensión de los cambios en la población rural desde una perspectiva sociológica.
- 3 Una de las autoras más representativas de esta perspectiva es Sampedro Gallego. Se pueden realizar un recorrido por sus trabajos a lo largo de las dos décadas que muestran en sí mismos la evolución temática y las hipótesis que van dando lugar a nuevas investigaciones.
- 4 Este es el título del libro de Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos editado por el Instituto de la Mujer en 1991.
- 5 Camarero (1997), Camarero (2002).
- 6 Sirva de ejemplo que entre las jóvenes rurales hay un 12,1% con estudios universitarios frente al escaso 5,7% de hombres.
- 7 No existen datos que confirmen la inserción laboral de estas mujeres orientadas hacia la vida urbana y hacia los estudios, pero su inserción social ha sido corroborada al no retornar al medio rural del que han salido.
- 8 Se puede ver con detalle en la Encuesta de Población Activa al explorar los resultados por sexo y edad.
- 9 Se puede ver el monográfico realizado en la revista *Política y Sociedad*, nº 9, 1991.
- 10 García Bartolomé calcula que asciende al 17,06% entre los años 1994 y 1998 (García Bartolomé, 2000).
- 11 La primera en la utilización de este término en España fue Etxezarreta (1985).
- 12 Según estos autores en la encuesta de juventud rural de 1984 se situaban como ocupadas agrarias un 17% de mujeres y en la encuesta del año 2000 solo un 2% (González y Gómez Benito; 2002:17).

- ¹³ En este trabajo se realiza un análisis de las ayudas solicitadas por grupos de edad y tipo de ayuda (p. 94). También se analiza la valoración que hacen los agricultores de la situación del sector tras la incorporación de España a la Unión Europea.
- ¹⁴ Se puede ver un repaso de estas políticas de género y su vinculación rural en Camarero y col. (2005: 30-50).
- ¹⁵ En 1984 se clasificaban como *amas de casa* un 31,5% de las jóvenes rurales y en el año 2000 esta cifra se ha reducido al 8,7% (González y Gómez Benito; 2002).
- ¹⁶ Aunque hay datos razonables para perfilar esta hipótesis faltan investigaciones que la corroboren.
- ¹⁷ Estos son algunas de las dimensiones de la modernidad analizadas por Berger y Luckmann, (1995).
- ¹⁸ Este planteamiento ha sido defendido por Tourain en *La sociedad desestructurada* (1976).